

El segundo número ordinario de la revista *Pensamiento* incluye estudios sobre filosofía de la mente, Aristóteles, Maine de Biran, Nietzsche y Deleuze, así como una original investigación sobre las cuestiones éticas asociadas al desarrollo de la computación cuántica, una de las tecnologías más prometedoras de las próximas décadas. Como en números anteriores, los trabajos conjugan historia de la filosofía y reflexiones sistemáticas sobre problemas actuales.

Estoy convencido de que uno de los grandes retos de la filosofía en nuestro tiempo consiste en destilar, del inmenso caudal de pensamientos profundos que nos anteceden, consideraciones útiles para abordar desafíos tecnológicos como la computación cuántica y, sobre todo, la inteligencia artificial. Por así decirlo, parece inevitable que los filósofos trabajen con al menos dos líneas en paralelo: una sobre los interrogantes perennes del ser humano, en metafísica, epistemología, ética y otras áreas (los límites del conocimiento, la conciencia, la naturaleza de lo real, el fundamento de la ética...), otra sobre cuestiones que, inspiradas en el avance de la sociedad y de la tecnología, nos obligan a extraer lo mejor de esas fuentes intelectuales para arrojar luz sobre el presente.

En especial, el progreso de los sistemas de inteligencia artificial generativa ha abierto una de las discusiones más fascinantes que cabe imaginar: la que concierne al pensamiento de las máquinas. Ciertamente, las objeciones a la idea misma de un «pensamiento de las máquinas» son múltiples y poderosas, pero posibilidades que hace unos pocos años habrían resultado insospechadas son hoy realidad. Quizá los sistemas de inteligencia artificial no sean realmente inteligentes en el sentido filosófico más profundo de esta idea (como entendimiento, y por tanto como apropiación subjetiva de la información, que presupondría un «yo», un mundo interior, unos estados mentales), pero la capacidad que exhiben a la hora de procesar información según modelos estadísticos de máxima verosimilitud no puede dejar de sorprendernos. Lo que hace unos años era bastante torpe e imperfecto cada vez alcanza mayores niveles de destreza.

La difusión masiva de asistentes virtuales basados en modelos extensos del lenguaje no sólo afecta a la educación, sino a la idea misma de pensamiento humano. Tener acceso inmediato no ya a la información bruta, sino a respuestas y a reflexiones elaboradas, conlleva el peligro de que deleguemos el pensamiento en máquinas y perdamos una de nuestras capacidades más distintivas, por no decir la más sobresaliente de la especie humana. En el ámbito educativo, si los trabajos académicos dependen cada vez más del uso de estos asistentes virtuales, ¿queda algo para el ser humano, y para la propia investigación filosófica? Investigar y crear aún nos pertenecen a los seres humanos, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Superará una mente artificial a la mente humana?

Por el momento, parece claro que la reflexión crítica y la creatividad siguen siendo exclusivas de nuestra especie. No nos limitamos a procesar información, sino que la juzgamos críticamente mucho mejor que las máquinas. Aunque sistemas de inteligencia artificial han resuelto problemas tan complejos como el de la estructura tridimensional de las proteínas a partir de la secuencia de aminoácidos, de momento no hay una inteligencia artificial que diseñe modelos científicos como los más brillantes que la mente humana ha alumbrado en física, química y biología, o que despliegue una creatividad en las artes equiparable a la nuestra, que tantos prodigios ha gestado en literatura, música, arquitectura... Quizá esa «mente sin cuerpo» (o, más bien, esa mente con un cuerpo de silicio y no de carbono) carezca de nuestra sensibilidad, y por ello no pueda desarrollar el poder de la intuición, que, complementado con el de la razón, tan lejos nos ha catapultado. Sin embargo, con el progreso de la inteligencia artificial generativa estamos construyendo algo similar a una mente «deslocalizada», a una «mente universal», ya no circunscrita a cerebros particulares, sino distribuida en red, que se nutre del acervo intelectual adquirido a lo largo de milenios, como si el sueño de una biblioteca absoluta, que no sólo recopila el saber, sino que lo sintetiza y cultiva sin límites, se hubiera realizado al fin en un ente informático.

Si en siglos anteriores las máquinas han sustituido gradualmente al hombre en lo físico y mecánico, ahora, y de manera bastante abrupta, lo hacen en el plano propiamente cognitivo. La tentación de atribuir a los sistemas de inteligencia artificial las notas de omnisciencia y de omnibenevolencia es real. Corremos el riesgo de deshumanizarnos por renunciar al uso de nuestras capacidades intelectuales. La llamada de tantas instancias internacionales y del magisterio pontificio más reciente a auspiciar una inteligencia artificial humanista, amiga y no enemiga de la humanidad, que sea instrumento y no fin, es sólo una muestra de la relevancia del problema, que ha de espolear la reflexión filosófica más profunda posible.

CARLOS BLANCO
Director de *Pensamiento*